

Levitsky, S. and Cameron, M. A. (2003). "Democracy without parties? Political parties and regime change in Fujimori's Peru". *Latin American Politics and Society*, 45 (3), pp. 1-34.

Levitsky, S. and Roberts, K. M. (2011). *The resurgence of the Latin American left*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Lipset, S. M. and Rokkan, S. (1967). *Party Systems and Voter Alignments: Cross-national Perspectives*. New York: Free Press.

Loayza, R. (2011). *El eje del MAS*, La Paz, Bolivia: Konrad Adenauer Stiftung.

Luna, J. and Zechmeister, E. (2005). "Political Representation in Latin America". *Comparative Political Studies*, 38 (4), pp. 388-416.

Madrid, R. L. (2012). *The Rise of Ethnic Politics in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.

Mainwaring, S. (1998). "Party Systems in the Third Wave". *Journal of Democracy*. 9 (3), p. 67.

Mainwaring, S.; Bejarano, A.M. and Pizarro Leongómez, E. (2006). *The crisis of democratic representation in the Andes*. Stanford, Calif: Stanford University Press.

Mair, P.; Müller, W. and Plasser, F. (2004). *Political parties and electoral change party responses to electoral markets* [en línea]. London: SAGE. Disponible en: <http://site.ebrary.com/id/10080863>.

Mayorga, F.; Hernández, M. and Peralta, M. (2005). *Elecciones generales en Bolivia: nuevos escenarios, nuevos actores políticos y viejos problemas*. La Paz: Konrad Adenauer Stiftung.

Mayorga, F. (2011). *Dilemas: ensayos sobre democracia intercultural y estado plurinacional*. La Paz, Bolivia: Centro de Estudios Superiores Universitarios, Universidad Mayor de San Simón.

McAdam, D. (1990). *Freedom Summer*. Oxford: Oxford University Press.

McAdam, D. and Tarrow, S. (2010). "Ballots and barricades: On the reciprocal relationship between elections and social movements". *Perspectives on Politics*, 8 (2), pp. 529-542.

Órgano Electoral Plurinacional (2010). *Atlas Electoral de Bolivia, Tomo I*. Programa de las Naciones Unidas de Desarrollo-Bolivia.

Programa de Gobernabilidad (2014). *Resumen comparativo de programas de gobierno: Organizaciones políticas de Bolivia. Elecciones generales 2014*. Technical report.

Prosalus (2009). *Bolivia: Situación del país, análisis de la realidad* [en línea]. Disponible en: <http://www.prosalus.es/gestor/imgsvr/publicaciones/doc/An%C3%A1lisis%20de%20la%20realidad%20Bolivia.pdf>

Roberts, K. M. (1998). *Deepening democracy? The modern Left and Social Movements in Chile and Perú*. Stanford, California: Stanford University Press.

Roberts, K. M. (2002). "Social inequalities without class cleavages in Latin America's neoliberal era". *Studies in Comparative International Development*, 36 (4), pp. 3-33.

Rohrschneider, R. and Whitefield, S. (2009). Understanding Cleavages in Party Systems. *Comparative Political Studies*, 42 (2), pp. 280-313.

Rokkan, S. (1970). *Citizens, elections, parties*. Oslo: Universitetsforlaget.

Sartori, G. (1976). *Parties and party systems: a framework for analysis*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.

Stefanoni, P. (2010). *"Qué hacer con los indios..." y otros traumas irresueltos de la colonialidad*. La Paz, Bolivia: Plural Editores.

Tarrow, S. G. (1998). *Power in movement: social movements and contentious politics*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.

Tribunal Supremo Electoral (2005). *La representación política en Bolivia: Partidos políticos*. Programa de las Naciones Unidas de Desarrollo-Bolivia (PNUD).

Van Cott, D. L. (2005). *From Movements to Parties in Latin America: The Evolution of Ethnic Politics*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.

Van Cott, D. L. (2009). *Radical democracy in the Andes*. Cambridge: Cambridge University Press.

Van Dyke, N. and McCammon, H. J. (2010). *Strategic alliances: coalition building and social movements*. Minneapolis: University of Minnesota Press.



Las relaciones entre los medios y el gobierno de Evo Morales

De la polarización a la hegemonía

Fernando Molina¹

Resumen

El propósito de este trabajo es analizar y describir los elementos esenciales de las dos etapas que forman la historia de las relaciones entre los medios y el Gobierno de Evo Morales (2006-2014). La primera etapa se caracteriza por la polarización y la lucha entre algunos medios que se convirtieron en opositores y el Gobierno, que comenzó a tomar medidas para conquistar el control del campo mediático y, luego de 2009, los perfeccionó hasta obtener la hegemonía comunicacional. Además, este artículo propone dos formas— una ideológica y otra institucional— de explicar el control de la prensa por parte del Gobierno.

Palabras clave:

Polarización, hegemonía comunicacional, control gubernamental, opinión pública.

¹ Comunicador por la UCB, periodista y ensayista. Ganador del premio Rey de España al periodismo iberoamericano. Ha publicado numerosos libros y folletos, entre ellos “El pensamiento boliviano sobre los recursos naturales” (2009). Sus últimas obras son “¿Por qué Bolivia es subdesarrollada?” (2013) y “Refutaciones. Ideas para el combate democrático” (2014). También ha publicado una gran cantidad de artículos en libros, revistas, periódicos y sitios web nacionales e internacionales.

I. Introducción

“La prensa es la principal enemiga del gobierno”. La frase que el presidente Evo Morales lanzó en radio Fides, poco después de asumir por primera vez su cargo, el 18 de enero de 2006, hizo patente que un cambio importante se había dado en la relación entre el poder político y la prensa, respecto a las dos décadas democráticas previas. Con esa frase comenzó la primera etapa de la historia de las relaciones entre los “viejos medios” del país y un gobierno muy particular, del que no se tenían antecedentes inmediatos². Analicé esta etapa en el artículo “De la polarización a la hegemonía. Estado y medios de comunicación en Bolivia”, publicado en Rincón (2010). Este artículo ya advertía que la polarización que había sido la marca del pasado comenzaba a ser sustituida por otro tipo de relación enteramente diferente, pues el Gobierno ya estaba encaminado a adquirir un creciente poder mediático.

Hoy, cuatro años después, la construcción de la hegemonía estatal sobre la comunicación pública, que se veía venir en 2010, está concluida. Al día siguiente de ser reelecto para su tercer mandato, el 12 de octubre de 2014, Morales modificó, ante la prensa extranjera, su famosa frase de 2006. Señaló que sus “peores enemigos” ya no eran los medios en general, sino, específicamente, “Erbol y Fides”, dos de las principales cadenas de radioemisoras bolivianas, dependientes de forma indirecta de la Iglesia Católica (cf. Erbol, 13 de octubre de 2014, s.p.). Esta especificación de los medios “enemigos” debe considerarse en relación con lo señalado por el Presidente un año antes, en una entrevista con El Deber (citada por Peñaranda, 2014, p. 49), en la que dijo que “antes sentía que el 80 o 90 por ciento de los medios eran mis opositores. Ahora quedan 10 o 20 por ciento de opositores”. Antes los enemigos eran casi todos, pero muchos ya han sido abatidos. “Quedan”, entonces, los de la minoría no alineada con el oficialismo (en última instancia: Erbol y Fides). Elocuentes palabras que nos informan mucho acerca de la estrategia del Gobierno con los medios y de los logros, que dieron paso a una segunda etapa en las relaciones, que es la de la hegemonía gubernamental.

El propósito de este trabajo es analizar y describir los elementos esenciales de ambas etapas, a fin de esbozar una pequeña historia de las relaciones entre los medios y el Gobierno de Evo Morales.

² Una caracterización inmediata del movimiento que llevó a Morales al poder puede encontrarse en Molina (2006).

II. La etapa de polarización

“Antes y después de Evo”

Dos años antes de la asunción de Morales al poder, una alusión más bien confusa del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada a la posibilidad de que apareciera una “superintendencia de medios” obligó a su gobierno a retractarse de inmediato para evitar la indignación de los periodistas. Y un año antes, otro antecesor de Morales, Carlos Mesa, tuvo que retirar, por la misma razón, un decreto que declaraba “clasificada” la información de ciertos tipos, como la militar, la bancaria en tiempos de crisis financiera, la judicial cuando pudiera alterar el resultado justo de un proceso, etc. Estos gobernantes, con una popularidad frágil o muy poco apoyo de los aparatos del poder, no podían darse el lujo de malquistarse con los periodistas. Mucho menos declararlos sus “enemigos”. Morales, que acababa de ganar su primer período presidencial con el 53 por ciento de los votos, pertenecía a una estirpe política muy diferente.

En general, desde que el país recuperó la democracia en 1982, los mandatarios y sus ministros procuraban alabar y cortejar a la prensa en público, aunque no dejaran de presionarla y de criticarla –incluso acremente– en privado; como en 2010 me dijo el veterano periodista y secretario Ejecutivo de la Asociación Nacional de la Prensa (ANP) durante los primeros años de la gestión de Morales, el ya fallecido Javier Zevallos: “La relación entre periodistas y políticos siempre ha sido difícil, pero nunca como ahora”, afirmó entonces Zevallos. Había en esta materia, según me dijo, un “antes y después de Evo”.

Las causas de la polarización: los medios

¿Por qué Morales se estrelló desde el principio contra los medios? El periodista Hugo Moldis, que en 2005, durante la transición de gobiernos, formó parte de la comisión del oficialista Movimiento al Socialismo, señala en Molina (2010) que las élites del país, asustadas por los cambios impulsados y simbolizados por el nuevo Presidente, apelaron a los periódicos y las televisoras de su propiedad para desestabilizar al gobierno, lo que explica, como respuesta, la exclamación presidencial que reprodujimos al principio.

Digamos que ésta ha sido la “explicación oficial” del gobierno respecto a sus problemas con la prensa y encuentra su expresión más autorizada en “La verdad secuestrada” (Llorenti, 2012), libro publicado por un ex ministro de Gobierno y hombre muy cercano a los primeros mandatarios del país, cuyo principal argumento son las vinculaciones empresariales y políticas de los dueños de algunos de los principales medios de comunicación³.

¿Cuánto de verdad tiene esta explicación? Raúl Peñaranda (2014) cita varios estudios cuantitativos que muestran que en las elecciones de 2005, de las que surgió el poder de Morales, los medios favorecieron a su principal contendiente, Jorge Quiroga. Esta puede ser la fuente más directa del enojo de Morales contra la prensa. Y no cabe duda de que, definidos por el poder como “enemigos”, algunos medios comenzaron a actuar como tales.

Pero necesitamos explicar esto con más detenimiento.

Según un estudio de la encuestadora Mori (2006), en ese entonces los principales anunciantes bolivianos no eran más de dos centenas y gastaban la esmirriada cifra de 70 millones de dólares por año en publicidad. Este “pastel” debía repartirse entre 20 diarios, 55 semanarios y revistas, 160 estaciones de televisión y 940 radios.

Como puede suponerse, el resultado de esto fue que la mayoría de los medios del país recibió el comienzo del “proceso de cambio” iniciado por Morales en una situación de “quiebra crónica”, es decir, sobreviviendo apenas y con muchas deudas. Las empresas periodísticas que tenían éxito financiero podían contarse con los dedos de la mano.

Por esta razón, las salas de redacción eran muy vulnerables a las presiones externas: los periodistas no podían cumplir con su trabajo por falta de recursos y necesitaban extremadamente de contribuciones adicionales de sus propietarios, que así disponían de un mecanismo para intervenir en sus decisiones. Unos y otros dependían, a su vez, de la voluntad de estos 200 grandes anunciantes, entre los cuales el gobierno central todavía no ocupaba el papel definitivo que

³ En la presentación del libro, el vicepresidente Álvaro García Linera señaló que el país vivía bajo “una dictadura de los intereses privados vinculados a los medios” y que los medios se han convertido en “partidos políticos” que “mienten, engañan y denigran”, lo que constituye el principal obstáculo para la libertad de expresión.

tiene ahora; pero en cambio eran importantes los gobiernos departamentales y municipales.

Estas eran condiciones propicias para que los periódicos y noticiarios perdieran la “función cognoscitiva” (de conocimiento de la realidad) que idealmente deberían tener y comenzaran a cumplir una función distinta, convirtiendo las noticias en instrumentos para lograr objetivos de pedagogía y acción política.

“Te tienes que alinear en determinado bando por los avisos, porque nadie vive de las ventas”, me confesó en 2010 Ricardo Bajo, subdirector entonces y ahora director de la edición boliviana de *Le Monde Diplomatique*. Y esto es justamente lo que ocurrió con la llegada de Evo al poder. “[A partir del] derrumbe del consenso neoliberal, los medios han empezado a tomar partido y han defendido intereses políticos más directamente que nunca”, me dijo en esa misma época Raúl Peñaranda, uno de los más conocidos investigadores de los procesos político-comunicacionales del país y, como veremos, importante protagonista de esta historia unos pocos años después.

Peñaranda (2009) analizó el tratamiento que había dado la prensa al intenso conflicto social que sacudió a la nación entre 2006 y 2009, como resultado de la polarización política existente. Descubrió que, además de retratar esta polarización, los medios la reflejaron en dos campos: la línea editorial, que se orientó a la defensa o la crítica del “evismo” por lo que éste implicaba para el futuro de las élites y las contra-élites de unas regiones y otras, y para el tipo de desarrollo del país. Y, también, que es lo más interesante, lo hicieron en las prácticas informativas, pues los medios concentraron toda su atención en las manifestaciones más negativas de la lucha entre las partes, sin capacidad ni ganas para situar los problemas en su contexto y, por tanto, darles una justa dimensión.

La investigación de Peñaranda señala:

En los medios televisivos es prácticamente nula la relación o descripción de la naturaleza, alcance y causas de un conflicto. Las noticias se limitan a reflejar las manifestaciones de los mismos, sus consecuencias inmediatas y la opinión de alguna de las partes confrontadas, dejándose de lado cualquier otra consideración que permita una comprensión más o menos cabal del fenómeno (Peñaranda, 2009, pp. 230-231).

El investigador además agrega:

... en un porcentaje abrumador, la opinión pública recibió... una sola versión de cada conflicto, lo que pudo haber generado descontextualización, inducido a la parcialización y ampliado el margen de manipulación. [...] En el 86% de los casos, los medios recurren a una sola fuente de información, lo que proporciona una visión parcelada e interesada de los conflictos (Peñaranda, 2009, p. 232).

Las causas de estas carencias son mezcladas: las simpatías políticas de los encargados de tal o cual medio, por supuesto, pero también “el tiempo reducido para presentar una nota y el escaso conocimiento y mínima especialización de los periodistas en determinados temas” (Peñaranda, 2009, p. 233), es decir, fallas que tienen un origen anterior y diferente a los cambios políticos de los años señalados⁴.

Al mismo tiempo, la parcialización editorial, al expresarse en el producto periodístico, adquiriría la forma de precariedad técnica. Ante esto escribe Peñaranda:

Aunque la mayoría de las notas informativas analizadas [en la investigación que estamos resumiendo, que se efectuó en julio de 2008] pretendía mostrar neutralidad en la presentación de los conflictos, fue notoria la parcialización hacia una de las posiciones. Los elementos que nos permiten concluir este extremo son el uso de una sola fuente, el tiempo dedicado a una determinada información y el uso de afirmaciones subjetivas que inducen al receptor a la toma de posiciones parcializadas (Peñaranda, 2009, p. 229).

Este investigador también observó el uso de recursos no verbales para “favorecer a uno de los actores en detrimento del otro, como la selección de imágenes, el corte de una declaración, la selección de entrevistados, etc.” (p. 229).

Con estos métodos y otros concluye la investigación, los medios privados se parcializaron contra el gobierno y los estatales, a favor de éste. Una conclusión

⁴ La calidad del trabajo periodístico nunca ha sido satisfactoria. Problemas como la falta de ingresos de los medios, el muy bajo nivel educativo en el que tienen que moverse y la politización del oficio generan un periodismo superficial, que carece de investigación propia, que se limita a registrar declaraciones, confunde opinión con información, depende de los gobiernos, las ONG y las empresas privadas para las más básicas operaciones logísticas, y es fácilmente manipulable por los gabinetes de prensa externos.

parecida pueden encontrarse en los informes de esta época del Observatorio de Medios que depende de la Fundación Unir. Hubo una polarización mediática que complementó la polarización social del periodo.

La ANP, expresando la posición de los dueños de periódicos, rechazaba esta clase de análisis. El ya citado Zevallos me dijo en 2010 que tanto el oficialismo como algunos expertos trataban de “mostrar a la prensa independiente como opositora, sin que esto sea así”. Zevallos reconocía deficiencias materiales en la prensa que en ocasiones la llevaban a cometer errores, pero no aceptaba que la parcialización ideológica fuera generalizable más allá de un reducido grupo de medios; en su opinión, se trataba de un fenómeno acotado, porque “todos pueden comprar y poner medios de comunicación, los políticos también, pero (en la mayoría de los casos) igualmente deben hacer periodismo para sobrevivir”. Ésa era la diferencia con los medios estatales y por esta razón, decía Zevallos, “cualquier medio privado es más periodístico y pluralista que los arbitrariamente manejados por el Estado, donde no se da cabida a la oposición”. En ese momento el fenómeno de los medios “paraestatales” no había irrumpido todavía en el debate comunicacional boliviano.

Durante el periodo de peor enfrentamiento, entre 2006 y 2008, las afirmaciones del Presidente contra la prensa indujeron a los sindicatos y asociaciones campesinas afiliadas al MAS a sentir una fuerte susceptibilidad respecto al trabajo de la prensa; crearon un clima de opinión que se tradujo en una ola de acciones intimidatorias, ataques físicos, vejaciones e incluso un asesinato⁵ perpetrados contra periodistas por gente movilizada y por algunos activistas violentos que, casi siempre sin autorización superior, aprovecharon las circunstancias para desquitarse de las ofensas reales o supuestas de los medios. El Observatorio Nacional de Medios y la Asociación Boliviana de Carreras de Comunicación contaron 245 ataques contra periodistas entre octubre de 2007 y noviembre de 2008 (AB Noticias, 15 de diciembre de 2008, s.p.). La mayoría de las víctimas de estas agresiones no fueron, como es obvio, dueños de medios, sino que salieron de entre los encargados de la cobertura callejera, es decir, de quienes, por ocupar el primer escalón de la pirámide profesional, debían teóricamente ser amigos del régimen.

⁵ El periodista Carlos Quispe Quispe murió el 29 de marzo de 2008 como resultado de las heridas que le causó una muchedumbre que atacó la radio en la que trabajaba (Radio Municipal), en la localidad rural de Pucarani.

Esta situación, a su vez, como es lógico, incrementó la siempre inflamable susceptibilidad de los periodistas y sus organizaciones respecto del poder. En los cuatro años de polarización, las entidades gremiales nacionales e internacionales elevaron más quejas a las autoridades que durante ningún otro lapso de la historia democrática del país. En algunos casos, estas quejas no se limitaron a mencionar los hechos ya reseñados, sino que llegaron a conclusiones más atrevidas, como que en Bolivia estaba en riesgo la libertad de expresión, acusaciones que en ese momento podían ser fácilmente refutadas por el Gobierno.

¿Se trazó una “línea de clase” durante la polarización?

Durante esta etapa, en varias ocasiones, Evo y sus voceros (Alex Contreras, primero, e Iván Canelas, después) trataron de diferenciar a los reporteros de los dueños de los medios, supuestamente comprometidos en una conspiración en su contra. Para el oficialismo, éstos forman parte de las élites que “perdían” con un Estado capaz de controlar y redistribuir la riqueza nacional, como el que se estaba construyendo en Bolivia. Aquellos, en cambio, eran los que se beneficiaban por este cambio y, por eso, debieran simpatizar con él.

Con el tiempo, sin embargo, el gobierno no pudo mantener esta distinción, ya que la misma exigía de los periodistas “de base” una adhesión que muchos de ellos estuvieron lejos de tener. En verdad, la polarización de la sociedad entre partidarios y adversarios del “evismo” no se tradujo, dentro de la prensa, en una lucha entre “periodistas proletarios” y “burgueses de la comunicación”, como se imaginó el discurso oficial. Periodistas de todas las “clases” se alinearon en el bando “progubernamental” (por ejemplo, la ex dueña de un canal de televisión y célebre periodista Amalia Pando o, ya retirada de la profesión, la ya fallecida Ana María de Campero, ex directora de Presencia, el principal periódico boliviano de los años 70 y 80, quien se convirtió en senadora del MAS); así como en la facción “opositora”, en cuya vanguardia se hallaban los medios de Santa Cruz, en ese momento la región más reacia al modelo izquierdista del MAS, militaron hasta los periodistas más modestos.

Esta falta de diferenciación llevó a Morales a declarar, en agosto de 2008, que “los periodistas son sucios”, sin salvedades, y, en diciembre del mismo año, que “sólo el 10 por ciento de los periodistas tiene dignidad”, pues el resto obedecería

las órdenes de políticos y patronos opositores (cf. AB Noticias, 23 de agosto de 2008, s.p.). Y ya pasado el peor momento de la relación, el Presidente, en la campaña electoral de diciembre de 2009, se mostró extrañado de que los periodistas de base no lo hubieran proclamado para la reelección, como sí hicieron los demás sectores sociales (cf. La Prensa, 9 de diciembre de 2012, s.p.); expresó entonces su “molestia” por esta conducta que, por lo visto, Evo considera antinatural (se podría decir que “desclasada”). Por eso también es que en enero de 2010 pidió que los periodistas se sumaran “a la tarea de luchar contra el capitalismo” (Jornada, 27 de enero de 2010, s.p.).

Se puede decir que la polarización del periodismo no siguió un esquema prefijado por una ideología, sino que respondió a las características peculiares de la polarización boliviana (que dividió a viejas y nuevas élites políticas, a sectores pro creación privada de la riqueza versus sectores pro redistribución pública de la riqueza y a regiones del occidente contra las del oriente y el sur). Por esto, cuando la tensión social tendió a resolverse, desde 2009 hacia adelante, la contradicción periodística se debilitó junto con ella y luego cedió completamente, para ser sustituida por una situación bastante diferente.

Las causas de la polarización: el Gobierno

Si la polarización de los medios reflejó y contribuyó a la polarización del país, la naturaleza y el estilo de Evo ayudaron a polarizar a los medios.

¿Cuál es la “naturaleza y el estilo” del Presidente en este campo? A diferencia de sus antecesores inmediatos, éste renueva su legitimidad *fuera de los espacios periodísticos tradicionales* (lo que por supuesto no quiere decir que prescindiera de los medios, porque esto ya resulta imposible en el mundo actual). Aunque gusta de aparecer en los titulares, las pantallas y las ondas de radio, nunca ha necesitado que lo bendijeran los famosos o los jefes de la comunicación boliviana. Antes de ser Presidente, a lo largo de su accidentada carrera sindical y política, apareció mucho en los medios, pero siempre recibió *palo* editorial. Tal cosa no afectó su creciente popularidad. Tampoco lo lograron, durante su primera gestión, los serios ataques que le propinaron algunos de los principales medios del país. Después de semejante batalla, el Presidente fue reelecto en el 2009 con un mayor respaldo que cuatro años antes; pasó del 53 al 64% de los votos.

¿Por qué Morales puede darse el lujo de, por ejemplo, nunca haberse reunido con los directores de los medios? He aquí su secreto: este político no requiere la aprobación de las élites que fabrican la opinión, puesto que su voluntad es desplazarlas, igual que quiere anular y subordinar a todas las élites tradicionales del país: las políticas, las económicas...

Tanto el primer vocero de Morales, Alex Contreras, como el ministro de la Presidencia, Juan Ramón Quintana, contaron que al comienzo de su gestión recibieron la visita de los dueños de periódicos, televisoras y radios, así como de algunos importantes periodistas, todos los cuales se ofrecieron a “ayudar” al gobierno a cambio de prebendas. Según ellos, fue a partir de su negativa a realizar este tráfico que comenzó la campaña antioficialista de los medios privados (cf. La Razón, 25 de enero de 2010; citado por Molina, 2010, p. 63). Sea esto verdad o no, de todas formas la anécdota es expresiva de la falta de relaciones entre el gobierno boliviano y los otrora todopoderosos jefes de la prensa.

La antipatía por las élites es un sentimiento que Evo comparte con muchos otros políticos rebeldes del mundo, por supuesto. Lo interesante es que en este caso no se trata del programa de un grupúsculo universitario, sino de *lo que la gente quiere* en Bolivia, a causa de la deprimente evolución de la historia nacional previa. Y esta sintonía ideológica con la mayoría de la población es uno de los componentes fundamentales de la popularidad de Evo.

El otro componente es el carismático. El atractivo del Presidente se asienta en su singularidad, pero ésta arranca de su parecido, biográfico, físico e intelectual, con cualquier boliviano pobre. Sólo gracias a este parecido, todo lo que Evo Morales ha logrado adquiere una dimensión grandiosa (un antiguo pastor de llamas que se convirtió en un líder de trascendencia internacional, etc.)

La identificación carismática de la base con su líder provoca que aquella rechace toda crítica en contra de éste. He ahí la explicación de este fenómeno enigmático: mientras más golpes mediáticos recibía Morales, más popular se volvía.

En 2010, Hugo Moldis describía la situación así:

Evo basa su legitimidad en una comunicación directa con la base social e incluso con la sociedad, por métodos no convencionales que descolocan a los propietarios de los medios. Esto los molesta porque pone en cuestión el

sistema político (del que la prensa forma parte junto con los partidos y las organizaciones sociales). Evo le quita a los medios su papel en la reproducción del poder: con él tienen menos peso y por tanto menos poder (Moldis, comunicación personal, 2010).

Al mismo tiempo que menosprecia los “canales regulares” de comunicación con el público, el Presidente boliviano, al igual que varios de sus colegas andinos, ha abierto muchas vías directas, decenas de “by passes” para lograr un contacto directo con los hogares rodeando a los medios. Morales no tiene un programa presidencial como el “Aló Presidente” que animó el fallecido presidente venezolano Hugo Chávez, pero en cambio pronuncia en promedio un discurso diario en los más diversos y alejados puntos del país, por lo común en pequeños pueblitos rurales. Este discurso es retransmitido por la televisión y la radio estatales. De esta manera Evo logra, lo mismo que Chávez conseguía en “Aló Presidente”, dirigirse a la gente sin tener que responder a preguntas incómodas como las que seguramente harían periodistas bien informados, si tuvieran la oportunidad de formularlas. Es cierto que en estas largas transmisiones se escuchan otras voces además de las presidenciales, pero son voces sin motivaciones ni recursos para ejercer una crítica seria. Las nuevas formas “directas” de comunicación gubernamental debilitan el monopolio mediático pero no necesariamente son más democráticas, porque al mismo tiempo que amplían el alcance, reducen la calidad heurística de lo informado. En otras palabras, conceden al gobierno el control de lo que puede decirse y finalmente se dice (cf. Dinatale y Gallo, 2010b).

Para que este “rodeo” de los medios tradicionales del país surta efecto, se requiere de un potente aparato de “amplificación” del mensaje unidireccional del oficialismo. De ahí que el gobierno hubiera invertido una cantidad de recursos que habría sido improbable en el pasado en el fortalecimiento y la ampliación de la red de medios estatales: Televisión Boliviana fue relanzada como Bolivia de Televisión, Radio Illimani convertida en una emisora llamada Patria Nueva, que multiplica su alcance mediante convenios de suministro de programación con decenas de “radios comunitarias” (es decir, locales). También se creó el diario Cambio, el primero de propiedad pública que el país tiene desde mediados del siglo XX. Estas medidas establecen las bases de la etapa de hegemonía que vendría a continuación.

Al mismo tiempo que el Presidente “rodeaba” a la prensa, su aparato de comunicadores se esforzaba para frenar “el poder sin control, no democrático e impune de los grandes medios de comunicación que intentan imponer su visión de la realidad y sus valores”, como reza la declaración del quinto encuentro de intelectuales y artistas (de varios países) que se realizó en la ciudad boliviana de Cochabamba, en mayo de 2007, para respaldar a Morales dentro de la lucha general por “identificar quiénes son los aliados de los pueblos en los medios, y quiénes sus enemigos”, y en contra de “los mercenarios intelectuales que alquilan su pensamiento a las grandes transnacionales” (Red de redes en Defensa de la Humanidad, 2007, s.p.).

La estrategia general de la comunicación oficialista consistió en usar la información pública y la propaganda gubernamental como un arma para forzar a la actividad periodística a “disciplinarse” (la expresión pertenece a Morales), a fin de resolver la polarización mediática y política del país. Así que tanto la información como la propaganda solo estuvieron disponibles para quienes se consideraba “aliados”: los medios estatales y los privados pro-oficialistas (y también, aunque por otros motivos y en menor medida, los corresponsales internacionales. Lo veremos más adelante). De este modo, el polo “evista” de la polarización, que en 2005 era con diferencia el más débil, terminó siendo, de 2010 en adelante, el predominante. También esto lo estudiaremos en lo que sigue.

El ocultamiento de la información pública a quienes se consideraba que no iban a ser justos con ella y su entrega exclusiva a destinatarios que no cuestionaran su fondo surgió inicialmente de la susceptibilidad del gobierno respecto a la parcialización de los medios. Pero al mismo tiempo alimentó la polarización que le servía de justificativo: primero, creó resentimiento en los medios; segundo, al hacer imposible que muchos de ellos accedieran a las versiones oficiales, los empujó a prescindir de la contraparte gubernamental. Tal prescindencia funcionó para estos medios durante la etapa de polarización, pero se hizo insostenible cuando ésta acabó: ¿cómo se puede hacer periodismo sin acceso a las fuentes oficiales? Así, la distribución sectaria de la información se convirtió en un modus operandi para “aislar” a ciertos periodistas (cf. Peñaranda, 2014), a fin de convencer a éstos y a sus colegas de que lo mejor para sus propias carreras era ser condescendientes y menos críticos. En una palabra, “disciplinados”.

Lo mismo se logró por la vía del control de la propaganda, con los medios mismos, considerados como “intelectuales colectivos”. De este modo se estableció el segundo pilar de la hegemonía mediática que estaba por venir. Si el primero era la ampliación y fortalecimiento del aparato propagandístico estatal (que se extendería incluso a la influencia sobre algunos medios privados, como veremos), el segundo es el de la autocensura de los periodistas, tanto si trabajan en los medios más directamente vinculados con el Gobierno, cuanto si lo hacen en medios privados más alejados, pero que no pueden prescindir de la propaganda estatal ni de la información que tiene naturaleza pública, aunque sólo es abundante para la red de medios estatales y aliados privados.

El forcejeo de las ruedas de prensa

En este propósito de “rodear” y prescindir de los medios, un obstáculo importante para el Gobierno lo constituyeron las ruedas de prensa, a las que habían asistido habitualmente todos los presidentes democráticos e incluso algunos dictadores. Evo Morales no podía prescindir de ellas, pero al mismo tiempo no quería subordinarse a las reglas y tradiciones de estos encuentros, contrarias a su forma de usar los medios. La solución que el oficialismo encontró para este problema puede considerarse como un “caso ejemplar” de la política con la que primero enfrentó la polarización y, luego, construyó su hegemonía.

Le dedicaremos, por tanto, unas cuantas líneas.

Al comienzo de la primera gestión de Morales, las ruedas de prensa presidenciales habían degenerado hasta convertirse en la “granja de pollos”, como las describió pintorescamente el Presidente ante una delegación de la Sociedad Interamericana de Prensa (cf. La Prensa, 28 de mayo de 2009, s.p.). Los reporteros preguntaban todos al mismo tiempo y sin escucharse unos a otros ni a su entrevistado, pues las emisoras exigían que las preguntas que salieran al aire fueran únicamente las planteadas por sus propios periodistas (exigencia que era la versión local de la demanda de primicias del periodismo universal). Otro factor que descompuso las conferencias de prensa fue la actitud instrumental-polarizada de los medios, que impelió a los periodistas acreditados en Palacio Quemado a comentar/respaldar/denegar antes que a inquirir.

Cambiar los hábitos de los periodistas acreditados en Palacio de Gobierno, no solo para que fueran más razonables, sino para que se adecuaran al estilo ya descrito del presidente Morales, conllevó un sinnúmero de conflictos. Evo tuvo altercados con reporteros de medios nacionales e incluso internacionales, porque encontró que sus preguntas eran inadecuadas, lo ofendían, etc. También aprovechó las ruedas de prensa para “reprender” a los periodistas de los medios que el Presidente considera opositores, como la televisora Unitel y el diario La Prensa (en la segunda etapa, de la que hablaremos enseguida, estos “enemigos” fueron sustituidos primero por Página Siete y, ahora último, como hemos visto, por Erbol y Fides). El caso de La Prensa fue particularmente doloroso: Morales perdió los estribos con un reportero de base, a causa de un titular –que este periodista no había elaborado– en el que se acusaba al Presidente de haber autorizado la llegada al país de mercaderías de contrabando.

Luego de estos altercados, los periodistas organizaron demostraciones de protesta y prepararon documentos en los que expresaban su desacuerdo con la conducta del Mandatario. Por su parte, el gobierno espació sus encuentros con la prensa nacional y, a fines de 2008, los suspendió del todo (aunque manteniendo las reuniones con la prensa internacional). Esto creó un vacío de información que sin duda ejerció presión sobre los medios y los preparó para aceptar la solución a la que finalmente se llegaría casi medio año después.

Todo este tiempo Evo Morales ha tratado de “cortejar” a la opinión pública extranjera para asegurar apoyo político a sus polémicas reformas socio-económicas y darle un alcance internacional a su imagen pública. Por esta razón, y quizá porque ellos no forman parte de las élites mediáticas tradicionales que estaba decidido a enfrentar, Evo ha tenido una especial consideración por los corresponsales, a los que, como acabamos de decir, no dejó de invitar a ruedas de prensa en el periodo en el que suspendió estos encuentros con los periodistas nacionales. También es interesante observar que casi todas las exclusivas que ha concedido a medios “ajenos”, es decir, que no pertenecen a la red estatal y su rama privada “aliada”, se pactaron con enviados de medios extranjeros.

Esta especial sensibilidad respecto a la opinión internacional también se tradujo en un encuentro con una delegación de la Sociedad Interamericana de Prensa, pese a que se la considera una institución conservadora y puramente empresarial

(Llorenti, 2012). En esta reunión, realizada en mayo de 2009, Morales mostró la virulencia de algunos de los ataques mediáticos que se habían dado en su contra y probó así, de paso, que en el país existía libertad de expresión. Acusó a los periodistas de “indisciplina”, como hemos dicho, y, en términos generales, dejó a los representantes de la SIP sin argumentos para criticarlo.

Éste fue uno de los principales eventos de la polarización mediática y lo ganó el gobierno; enseguida logró hacer un pacto, diseñado por el propio Presidente, con los periodistas acreditados en Palacio Quemado, con el que se reanudaron las ruedas de prensa, de una manera cada vez más “ordenada” (en los dos sentidos de esta palabra).

III. La etapa de hegemonía

La hegemonía requiere de los medios profesionales

Hemos visto que los gobiernos populistas son inusualmente independientes del periodismo profesional, porque pueden y quieren dirigirse directamente a la gente. Sin embargo, esta independencia no puede ser absoluta, porque en ese caso estos gobiernos simplemente hubieran sustituido a los medios y no habrían necesitado luchar contra ellos, como en cambio hicieron reiteradamente en las últimas décadas.

¿A qué se debe esta imposibilidad de prescindir completamente de los espacios periodísticos institucionales? Lo que ocurre es que la comunicación directa con la gente exige una movilización de fuerzas que no se encuentra al alcance de todos los miembros del gobierno y, si ésta debe ser permanente, ni siquiera de los principales jerarcas. Por otra parte, tampoco es conveniente para la propaganda recurrir exclusivamente a los medios estatales, pues éstos tienen un defecto: sirven únicamente para “predicar a los conversos”, no interpelan a los ciudadanos apolíticos y mucho menos a quienes son contrarios a las políticas estatales. Es importante anotar que, pese a que las primicias del Gobierno a menudo se presentan en Boliviana de Televisión y medios similares, la prensa privada se ha mantenido como la más influyente. Al mismo tiempo, la última medición de la credibilidad de los medios que conocemos, que se realizó cuando salíamos de la polarización, arrojó que –como por otra parte había ocurrido en todas las encuesta precedentes– los medios en general se ubicaban entre

las instituciones más confiables del país (cf. Los Tiempos, 6 de noviembre de 2010, s.p.).

Ahí entonces el porqué de que el Gobierno de Morales hubiera pasado del debilitamiento del sistema profesional de medios –y de las élites comunicacionales que se encaramaban sobre éste–, a través de la estrategia de rodeo y de sustitución de la que hemos hablado, a hacer una incursión en este sistema. Podría decirse que el oficialismo aplicó en el campo mediático la táctica inventada por las izquierdas marxistas en los países con movimientos populares poco diferenciados clasistamente y en los que los partidos nacionalistas eran fuertes, táctica llamada “entrismo” y que consistía en sumarse al nacionalismo con fuerza de masas, a fin de incubar en él un ala más radical que, con el tiempo, se desprendiera de la matriz en la que se había alojado para formar un verdadero partido revolucionario.

Hecha esta digresión, volvamos al trabajo historiográfico:

Nuestra tesis es que, aunque resulta correcto decir que al acabar la polarización sociopolítica del país, a fines de 2008, también comenzó a desmoronarse la polarización mediática, debe añadirse que una caída no sólo refleja a la otra: el gobierno tomó medidas que le dieron el triunfo en *ambos campos*.

La lista completa de estas medidas fue la siguiente: fuerte crítica a la prensa que atacaba al Gobierno, potenciamiento de los canales estatales y manejo político de la información y la publicidad públicas. Finalmente, como último paso, la compra de medios privados por parte de empresarios allegados al oficialismo, quienes, según afirma la investigación de Raúl Peñaranda (2014) sobre este tema, ponen a los periodistas de estos medios (luego de hacer los despidos y contrataciones necesarios para este propósito) a coordinar la línea informativa que seguirán con los encargados de la comunicación estatal. Peñaranda llama a estos medios “paraestatales”, pese a que el carácter privado de su propiedad no ha sido afectado, por lo que esta denominación resulta discutible.

El golpe maestro que contribuyó decisivamente a viabilizar el “entrismo” a los medios profesionales fue la compra en 2009, al grupo español Prisa, de ATB, la decana de las televisoras privadas, y de La Razón, el principal

periódico de La Paz, por el hombre de negocios venezolano Carlos Gill, que tiene cercanía con el gobierno de Hugo Chávez. Como resultado de esta operación, dos periodistas de izquierda, Jaime Iturri y Edwin Herrera (este último luego sería sustituido por Claudia Benavente), pasaron a dirigir estos medios, imprimiendo en ellos una línea editorial que tiende a limar los puntos de controversia con el poder y a destacar los logros gubernamentales, aunque con cierto pluralismo en la opinión y sin eliminar completamente la información “inconveniente”⁶.

Tanto Benavente como Iturri negaron las afirmaciones de Peñaranda, señalando que había llegado a sus conclusiones a partir de inferencias antojadizas y no de hechos: “Lo que dice Raul Peñaranda (en el libro) contradice los papeles que (el mismo libro) muestra. Raúl se ha fanatizado contra el gobierno y eso lo ha llevado a especular... Debe probar fácticamente lo que afirma, y si no puede, nada de eso sirve”, dijo Iturri a Susana Bejarano en el conocido programa “Esta casa no es hotel” (13 de abril de 2014). Benavente contestó a la afirmación de Peñaranda en sentido de que “La Razón se llenó de colaboradores afines al MAS” después de su venta, lo que llevó a abandonar el periódico a buena parte de sus antiguos columnistas, con un artículo titulado “De cómo La Razón se llenó de colaboradores” (Benavente, 1 de junio de 2014, s.p.). En éste se defiende la diversidad y el pluralismo de los periodistas y columnistas que trabajan en el matutino, que continúa siendo hasta ahora el principal de La Paz.

Peñaranda (2014) también denuncia que la enajenación de la televisora PAT de sus dueños anteriores en 2012 se concretó a favor de empresarios allegados o asociados a Gill, lo que explicaría el cambio de línea editorial que se dio desde

⁶ Por esta causa, en mayo de 2014 uno de los principales abogados del Gobierno, Héctor Arce, llevó a la directora Benavente y al periodista Ricardo Aguilar de La Razón a los tribunales ordinarios para obligarles a revelar la fuente de una crónica redactada por este último, en la que se describía los pasos dados por las instituciones diplomáticas encargadas del diferendo marítimo para preparar la demanda boliviana contra Chile en la Corte Internacional de La Haya. Aunque algunos pensaron, retorciendo un poco su imaginación, que el juicio era un tongo para cubrir las vinculaciones de La Razón con el Gobierno, en realidad se trató de un intento de H. Arce para descubrir a la persona a la que se le había ido la lengua con el periódico, porque aunque ésta no había descubierto ningún secreto, había faltado al compromiso de confidencialidad que requieren los trabajos de esta delicada área de las relaciones exteriores del país. Poco después de que comenzara el juicio –que generó un respaldo parcial de las agrupaciones periodísticas a La Razón, del cual se sustrajo a medias la Asociación de Periodistas de La Paz–, el Ejecutivo aprobó un decreto que le permite sancionar futuras infidencias de los encargados del asunto marítimo. Dividido internamente e intimidado por el enjuiciamiento a La Razón, el gremio no atinó a protestar contra esta medida, como había hecho en el pasado con otras que interpretó como contrarias a la libertad de expresión. En agosto de 2014, el juicio contra La Razón pasó al tribunal de imprenta.

entonces en esta importante televisora. Como hecho significativo, menciona que Iturri hubiera dado cursos de capacitación a los periodistas de PAT, lo que sería muy extraño si este medio hubiera seguido siendo competidor de ATB. Otros medios “paraestatales” serían, según Peñaranda, Full Tv y Abya Yala (este último depende de la Fundación Evo Morales). Uno de los argumentos esgrimidos por Peñaranda para afirmar esto último es que el director de Full Tv, Ángel Careaga, fue antes funcionario de Bolivia TV, el canal estatal. Éste respondió a esta acusación señalando que en realidad había sido coproductor de programas en el canal estatal durante siete años, solo dos coincidentemente con el Gobierno de Morales, y que al fin había sido despedido de ahí. Sin embargo, confirmó el parentesco entre Full Tv y ATB, al afirmar que fue invitado a su cargo por Iturri (cf. Erbol, 23 de abril de 2014, s.p.). Varios comentaristas publicaron artículos en La Razón y otros medios atacando la fiabilidad de la investigación de Peñaranda y sus móviles⁷. Otros, respondieron a estos primeros⁸. Fue el “debate comunicacional del año” 2014.

Pero dejemos este tema. Pasemos ahora a preguntarnos qué pasó con los medios que habían actuado como opositores durante la etapa de polarización y que no cambiaron de propietarios. Ellos comprendieron que mantenerse en esa calidad hubiera representado un riesgo considerable para sus empresas y para ellos mismos. Desaparecido el polo político-regional que hacía contrapeso con el polo gubernamental, estos medios (que sobre todo eran cruceños) no pudieron ni quisieron sustituirlo; sus propietarios, luego de adolecer una “fiebre regionalista”, recordaron de pronto que su principal interés eran los negocios, no la política, y comprendieron que el manejo imprudente de sus medios podía perjudicar la marcha del resto de sus negocios, generalmente de mayor calado.

Como resultado de todo esto, la agenda pública, que durante la polarización emergía de los choques de los dos adversarios, el Gobierno y la oposición, pasó a ser definida casi exclusivamente por el primero. Por un lado, el Gobierno se había apropiado de la iniciativa política, por lo que la actualidad noticiosa comenzaba a girar casi enteramente alrededor de aquello que decidía o hacía. Pero por el otro, las medidas comunicacionales que había tomado comenzaban a dar resultados: los reporteros que cubrían la información presidencial y política lo incomodaban cada vez menos. Mantenía, aunque más relajada, su estrategia

⁷ Por ejemplo, “Evidencia remota”, de José Luis Exeni (2014).

⁸ Por ejemplo, “Crítica de la crítica”, de Fernando Molina (2014).

de instrumentar la información oficial de modo que beneficiara solamente a los medios aliados. Y, como remate, se hacía de un aparato de amplificación mucho mayor que el que poseía al inicio de su gestión y que con el paso del tiempo sería más fuerte que el conjunto de los medios opositores en el momento más alto de la polarización. La agenda pública, por tanto, pasaba a sus manos.

En 2010, Hugo Moldis anticipó proféticamente que:

...la caída de la polarización implica el final de los bolsones de atrincheramiento poco racional [contra el gobierno]; en lugar de eso se producirá, en la mayor parte de los casos, un alineamiento con la hegemonía [del presidente Morales]. Ojalá que no implique el fin de toda mirada crítica, que siempre es un deber: hay que apoyar lo que está bien y llamar la atención sobre lo malo. El riesgo es que los fanáticos opositores se conviertan ahora en leales incondicionales (Moldis, comunicación personal, 2010).

Cambios en la regulación y autocensura

Al igual que la hegemonía política, la hegemonía comunicacional no sólo requiere de un “aparato” de reproducción, montado con procedimientos como los que hemos señalado, sino también de normas de funcionamiento del mismo. Estas normas pueden ser externas y expresarse en disposiciones y limitaciones jurídicas, o internas e implícitas, impuestas a través de órdenes, mensajes, sugerencias (coerción) o establecidas mediante un punto de vista ideológico común (consenso). Combinadas, estas reglas regulan la toma de decisiones de los periodistas, tanto los que están dentro como los que se hallan fuera del aparato comunicacional gubernamental.

Luego de esta glosa interpretativa, volvamos, una vez más, a la relación de los hechos históricos:

Junto con el fin de la polarización, el gobierno trató de pasar de la regulación “de facto” ejercida por los movimientos sociales, que frenaban a los medios “a pedradas”, a una regulación legal. Este intento de institucionalizar la presión sobre los medios tiene lógica, si pensamos que los movimientos sociales no pueden mantenerse movilizados por siempre.

El siguiente es un punteo cronológico de este proceso:

En 2009, el MAS intentó incluir en un texto de la Constitución una cláusula que establecía que las noticias debían ser “veraces y honestas”, lo que probablemente hubiera abierto paso a distintas formas de censura estatal. Pero finalmente desistió por pedido de las agrupaciones de periodistas.

En 2010, el Ejecutivo anunció una reforma de la muy permisiva Ley de Imprenta, que tampoco prosperó. Estos fracasos se debieron a que en ese momento el poder gubernamental no había llegado a su apogeo y, por tanto, el gremio periodista aún era capaz de oponérsele con cierta efectividad. Además, el éxito de las estrategias desplegadas por el Gobierno durante la polarización eximieron a éste de poner todo su empeño y poder en la eliminación de la Ley de Imprenta, algo que no le resulta imposible de lograr, pero al costo de un “escándalo” que podría afectar su imagen interna y, sobre todo, la externa.

El mismo 2010, Evo Morales promulgó una “ley contra el racismo” que autoriza a suspender las emisiones y las ediciones de los medios que, en opinión de un juez, hubieran emitido o publicado un mensaje discriminatorio. La parte de la ley que se refiere a los medios fue considerada por la mayoría de éstos como una seria amenaza a la libertad de prensa, ya que la norma no establece qué debe considerarse “discriminación” y, por primera vez en la historia del país, autoriza expresamente el cierre de medios de comunicación. También esta vez las críticas sociales obligaron al Gobierno a retroceder. Poco después de aprobar la ley, éste tuvo que reglamentarla de una forma que mediatiza la sanción de clausura y que aclara que la responsabilidad no es del medio cuando la intemperancia racista ocurre en una entrevista en vivo o en una columna firmada.

Aunque hasta ahora esta ley no sirvió para condenar a ningún medio o periodista, sí se esgrimió en uno de los juicios contra Página Siete de los que hablaremos más adelante y hasta ahora constituye una espada de Damocles y, por tanto, alienta la autocensura; además, su promulgación coincidió con el cierre de espacios para los periodistas más abiertamente críticos al régimen.

En 2011, los periodistas y los medios lucharon contra una norma que les prohibía informar libremente sobre los candidatos que terciarían en las elecciones de jueces de ese año. Por voluntad del oficialismo, fueron los primeros comicios de

este tipo que se realizaron en el país (y en Latinoamérica) y entonces, para evitar que degeneraran en una compulsión política, el Gobierno pretendió centralizar y poner bajo control oficial la información sobre el proceso.

La primera versión de la norma prohibía las entrevistas con los candidatos, la participación de éstos en espacios de opinión en los medios, las noticias y las columnas que calificaran a los postulantes y la difusión de documentos extraoficiales. Este haz de prohibiciones fue criticado por la oposición política y resistido por los periódicos, encabezados por el recién creado Página Siete. En una nota editorial de mayo de 2011 titulada “Posición de Página Siete sobre la libertad de prensa”, este diario anunció su decisión de romper las reglas e informar a sus lectores sobre los candidatos, sometiéndose de antemano a la sanción establecida por la norma, esto es, la suspensión de la publicidad electoral por dos años (cf. Hoy Bolivia, 12 de mayo de 2011, s.p.).

La contestación social a las mencionadas prohibiciones, establecidas en el artículo 82 de la ley electoral, fue tan estruendosa que el presidente Evo Morales tuvo que prometer que haría que la mayoría oficialista en la Asamblea Legislativa cambiara este artículo. Sin embargo, pese a la enmienda, varias restricciones se mantuvieron en la ley. En todo caso, los medios pudieron informar sobre los candidatos sin ser sancionados por eso.

Finalmente, en 2012 se aprobó una ley de telecomunicaciones que obliga a las emisoras de radio y televisión a volver a tramitar sus licencias en 2017 (no se sabe si el Gobierno aprovechará o no esta transición para eliminar a los medios que no le gustan), disminuye los tiempos de concesión a 15 años, amplía la cantidad de medios en poder del Estado (a un 33% del espectro electromagnético) y de las comunidades (a otro 33%), y establece la obligación de retransmitir de forma gratuita las cadenas que organice el Presidente (Ley N° 164, 8 de agosto de 2011).

El resultado de éstos y otros esfuerzos gubernamentales fue la restricción del marco de acción en el que pueden moverse los periodistas, aunque éstos todavía se hallen protegidos por la Ley de Imprenta. Al mismo tiempo, el Gobierno sancionó los “excesos” de algunos miembros del gremio iniciándoles procesos que, si bien no terminaron en sanciones –igual que algunas de las leyes que acabamos de mencionar no fueron aprobadas–, sirvieron al propósito más

general de fomentar la “prudencia” de las salas de redacción y la autocensura de los comunicadores.

La batalla contra Página Siete

Por confesión de su primer director, Raúl Peñaranda (2014), sabemos que el diario paceño Página Siete se fundó poco después de la venta de La Razón con la intención de aprovechar el profetizado acercamiento de este periódico al oficialismo, que crearía la necesidad de una alternativa más contestataria. En esa medida, puede considerarse la respuesta de un grupo de empresarios y periodistas al avance hegemónico de la comunicación oficialista. Empero, al comienzo el Gobierno le concedió a Página Siete el beneficio de la duda, mantuvo relaciones razonables con el periódico e incluso permitió que un grupo de miembros de éste se entrevistara en exclusiva con Morales. En ello seguramente influyó el prestigio de Peñaranda y su perfil de periodista de izquierda. Pronto quedaría claro, sin embargo, que estos antecedentes no le impedirían ser crítico con Morales.

Bajo la dirección de Peñaranda, Página Siete se pronunció categóricamente contra los intentos de recortar las libertades de los periodistas, como ya vimos; investigó la eficiencia y probidad de las numerosas aperturas de empresas públicas y dio repercusión a las denuncias de la oposición sobre programas gubernamentales tan delicados como el de construcción de infraestructura local que lleva el nombre de “Evo cumple”. Página Siete también se mostró claramente en contra de la construcción de una carretera, decidida por el Gobierno y fuertemente alentada por las bases cocaleras del Presidente, a través del parque nacional y territorio indígena TIPNIS, carretera que fue la manzana de la discordia entre facciones oficialistas indianistas y desarrollistas, y puso en suspenso la imagen del Gobierno como representación de los indígenas.

La reacción oficialista a esta toma de posición convirtió al periódico en una referencia opositora. El Gobierno criticó públicamente y en los términos más duros a Página Siete por la boca del propio Presidente, la del vicepresidente García Linera y la de principales ministros. Según las declaraciones de estos personajes, el diario mentía, hacía política y no periodismo e incluso estaba al servicio de Chile, el tradicional enemigo boliviano, lo que el Gobierno dedujo de las relaciones familiares de algunos de los conductores del periódico con

súbditos de este país⁹. Por supuesto, la propaganda estatal que publicaba Página Siete fue suspendida y los columnistas oficialistas que tenía el periódico, entre ellos la ministra Claudia Peña, dejaron de colaborar con el mismo.

En medio de la batalla, los portavoces oficialistas aprovecharon algunos errores periodísticos de Página Siete (quien dijo equivocadamente, por ejemplo, que la represión de la marcha en contra de una carretera a través del Territorio Indígena y Parque Natural Isiboro Sécore en septiembre de 2011 había causado la muerte de un bebé, o que la Iglesia Católica había excomulgado a los cuatro ministros de Morales que se pronunciaron a favor de legalizar el aborto) para justificar sus largas y explosivas conferencias de prensa en contra de este medio, cuyo propósito más o menos evidente era intimidar a sus propietarios y anunciantes, y que solo terminaron cuando Peñaranda renunció en agosto de 2013.

Esta historia terminó siendo una señal más para los jefes de prensa de los canales, radios y periódicos del país, en sentido de que lo más conveniente era “evitarse problemas”, como pudo comprobarse durante las elecciones de 2014, en las que la mayor parte de los medios actuó como le convenía al oficialismo, es decir, amplificando con poca crítica las declaraciones de los principales candidatos del MAS, en tanto que entrevistaban con mucha mayor libertad a los candidatos opositores; además, su papel de investigación y denuncia de los excesos y las corruptelas que involucraran a los funcionarios públicos disminuyó

⁹ Concretamente, Peñaranda tiene madre chilena y Raúl Garafulic, el presidente del Directorio, una cuñada chilena que en esa época era diputada en ese país. Ambos aclararon que estas relaciones no cambiaban su posición pro-boliviana respecto al diferendo chileno-boliviano y que se esgrimían para evitar que Página Siete hablara libremente (cf. Página Siete, 11 de agosto de 2013, s.p.). Luego de la renuncia de Peñaranda al periódico, éste preparó la investigación que hemos mencionado (cf. Peñaranda, 2014). Poco antes de que la presentara, la ministra de Comunicación, Amanda Dávila, dijo en una conferencia de prensa que Peñaranda no solo tenía una madre chilena, sino también que había nacido en Santiago y gozaba de doble nacionalidad. Lo consideró “operador en la prensa de los intereses chilenos” y “cabeza de playa” en Bolivia de una campaña mediática internacional en contra de los gobiernos progresistas (cf. La Razón, 8 de abril de 2014, s.p.). La viceministra de Políticas Comunicacionales, Claudia Espinoza, dijo que el libro “Control remoto” había sido financiado por “agencias del Departamento de Estado” de Estados Unidos (cf. Televisión en Bolivia, 11 de abril de 2014, s.p.). Ambos se basaron en artículos inmediatamente previos del semanario La Época, dirigido por Hugo Moldis, el cual había mostrado el pasaporte chileno de Peñaranda, por un lado, y denunciado que este periodista pertenecía a IPYS, una institución de defensa de la libertad de expresión financiada por USAID (cf. Osorio, 4 de junio de 2014, s.p.). En respuesta, Peñaranda dijo en el programa televisivo “Todo a Pulmón” que se trataba de silenciar su investigación, que La Época y los personeros del oficialismo estaban apelando a la xenofobia, que él siempre había admitido su relación con Chile, la cual no cambiaba su situación legal y afectiva como ciudadano boliviano, y que la acusación de recibir dineros estadounidenses era calumniosa. Moldis señaló que el problema no era la nacionalidad de Peñaranda, sino que no la hubiera admitido “con transparencia” en el pasado, cuando el Gobierno acusó a Página Siete de trabajar a favor de Chile. Véase el debate entre ambos en YouTube bajo el título “Entrevista: Hugo Moldis y Raúl Peñaranda (Parte I)” (Camacho, 9 de abril de 2014). Probablemente las denuncias que recibió Peñaranda convirtieron su libro en un *best-seller* sin parangón en la historia editorial boliviana (al menos seis ediciones, es decir, más de cinco mil ejemplares vendidos).

al mínimo. Sin embargo, también hay que reconocer que todos los medios privados dieron un espacio –no necesariamente equitativo, pero importante– a las voces de la oposición, lo que es importante porque nos permite diferenciar la situación de la prensa en Bolivia respecto de la que se presenta en otros países con regímenes políticos similares, como Venezuela y Ecuador.

IV. ¿Por qué el Gobierno quiere la hegemonía comunicacional?

¿A qué se debe la intención de limitar la labor y tratar de controlar a la prensa? Esta pregunta admite una respuesta basada en un análisis ideológico (cierta ideología justifica la suspensión del disenso social), lo mismo que una respuesta de tipo institucionalista (lo sucedido se explica a partir de la implosión del sistema de partidos políticos y la consecuente politización polarizada de los medios). Desarrollemos ahora ambas respuestas:

Tesis 1. La búsqueda de hegemonía se debe a una ideología

El Gobierno del MAS profesa la ideología que se suele denominar “bolivariana” y que consiste en una mezcla de nacionalismo desarrollista, indianismo y marxismo, en la que lo predominante es el primer componente¹⁰; los seguidores de esta ideología se encuentran en el poder en Venezuela y Ecuador, y forman parte de la oposición en el resto de Latinoamérica y en España. Los principales rasgos de esta ideología son:

- a) *Antiliberalismo.* Esta corriente se ha constituido y ha hecho méritos en oposición a las instituciones creadas para defender a la sociedad frente al poder estatal. En lugar de éstas, ha potenciado las facultades y organismos del Estado, pues consideran que éste es el instrumento idóneo para lograr el cambio social. Por eso le conceden prerrogativas que superan a las que benefician al ciudadano.

En lugar de la democracia liberal, cuyo sentido es el control del poder, se prefiere la democracia social, un poder de control de la diferenciación económica, con el fin de superar la injusticia social. En los hechos, esta orientación lleva a una sustitución coercitiva aunque no violenta de las élites anteriores y a choques con la gran propiedad privada.

¹⁰ Para una exposición más detallada de esta ideología, véase Molina 2006, 2007 y 2008.

Puesto que la libertad de prensa es una de las instituciones liberales que permiten controlar al poder y limitar al Estado, se arremete contra ella.

- b) *Constructivismo*. Interesa tanto el Estado porque, para esta ideología, la sociedad es un resultado directo de la acción de los sujetos políticos (se da por sentado que las “condiciones objetivas” de la transformación social ya están dadas). Este pensamiento confía enormemente en la capacidad de la política para remodelar la sociedad de acuerdo a un plan racional. Simétricamente, supone que así como hay fuerzas que pueden reorganizar el todo social de modo que se resuelvan los problemas seculares propios de la agrupación humana, hay fuerzas capaces de bloquear el cambio exclusivamente por su propia decisión.

De este modo, todo es posible en la historia y al mismo tiempo cada sujeto está determinado por condiciones que le anteceden y lo obligan a actuar en uno u otro sentido; es decir, todo sujeto es parte de una conspiración para subvertir lo real o, en cambio, es parte de una contra-conspiración para conservarlo. De ahí las constantes denuncias que hace contra Estados Unidos y la oposición.

Y de ahí el temor a los periodistas, ya que se supone que éstos pueden hacer más de lo que en verdad está en sus manos y se cree que en todo momento forman parte de maquinaciones en contra o a favor del poder.

- c) *Dogmatismo*. Para los defensores de esta ideología, el colectivismo es superior intelectual y éticamente al capitalismo. De igual manera, la redistribución es más humana que la creación privada de riqueza. La solidaridad con los demás es mejor que la libertad de cada uno, etc. Los antiliberales consideran que algunas tesis sociales son comprobadamente (“científicamente”) mejores que otras, porque coinciden con el sentido de la historia (historicismo) o porque corresponden con sentimientos más nobles y altruistas (utopismo). El control de la prensa se impone como una forma de garantizar que el debate social respete esta jerarquía intelectual.

- d) *Maniqueísmo*. El mundo está dividido entre quienes saben y dicen lo correcto, y los que no (dogmatismo). Entre quienes luchan del lado correcto de la reforma social y los que no (constructivismo). Entre los que quieren un cambio y empoderan a los factores que lo hacen posible, y los que defienden el statu quo y entranpan al poder para evitar cualquier alteración de éste (antiliberalismo).

De igual forma, se supone que, por razones de clase, los dueños de los medios conspiran contra el poder popular, mientras que los periodistas se aliarán con éste. Aunque esta polaridad puede ser sustituida por otra: de un lado los medios privados en conjunto y del otro los medios estatales y “amigos”.

El filósofo político Michael Oakeshott (1996) llamaba a la política que se guiaba por este conjunto de principios: “política de la fe”, que él opone a la “política del escepticismo”, la cual corresponde más con el liberalismo y el conservadurismo.

Tesis 2. La búsqueda de hegemonía emerge de la quiebra del sistema político

La tesis institucionalista sostiene que el pretendido control de la prensa por el Estado es parte de un conjunto de cambios que se produjeron en la relación entre éste, la prensa y la sociedad, y que tienen escala continental. Esta explicación se encuentra en Martín Dinatale y Alejandra Gallo (2010a). Estos autores no sólo nos advierten sobre el control gubernamental de la prensa, sino sobre una crisis integral de la mediación periodística.

De inicio, Dinatale y Gallo llaman la atención sobre la virtual desaparición de los partidos políticos tradicionales, que cayeron en el descrédito y, entonces, fueron abandonados por los electores. Para estos autores se produjo así un desplazamiento de la política, la que se trasladó del campo partidario al mediático, lo que aumentó las tensiones en torno a la apropiación del discurso de la prensa.

Este diagnóstico, sin embargo, debe ser parcialmente enmendado. En realidad, la crisis de los partidos no ocurrió sola, sino que se simulateneó a la que sufrieron los medios tradicionales, sobre todo escritos, como consecuencia de los avances tecnológicos que trastornaron la comunicación. De modo que no sólo fue una crisis de la política, sino una combinación entre ésta y la crisis de los medios tradicionales la que trajo como resultado el cambio de los paradigmas que guiaban la relación entre Estado, medios y sociedad.

Una evaluación más completa diría, entonces, que el desplome del sistema político anterior dio lugar a un nuevo orden, lo que no sólo implicó el recambio de los grupos y las instituciones del poder, sino también la transformación de los hábitos y formas de trabajo de éstas. Las élites ascendentes, apoyándose en la nueva tecnología disponible (redes sociales, transmisiones televisivas desde cualquier parte del territorio, etc.) y guiadas por su repugnancia ante las formas indirectas y delegadas de la política, que fueron las máculas del antiguo régimen que se propusieron limpiar, trataron de pasar por encima de las leyes, el Parlamento y los tribunales a fin de llegar directamente a la gente y “hacer justicia”, y también sobre los periodistas para informar y construir un sentido común “no mediático”. La política, entonces, no pasó del ámbito partidista al mediático, sino de ambos mundos a un escenario distinto, inédito, que podemos llamar “no mediado” o “directo”.

Este tipo de relacionamiento aprovechó el carisma presidencial, sin el cual no podría funcionar; los avances de Internet y las transmisiones directas de la televisión, y prescindió de la mediación periodística tradicional. Es conveniente para cualquier gobierno con popularidad, aunque en él estén ausentes los fundamentos ideológicos de la “política de la fe” que hemos descrito. Uno de los ingredientes de este tipo de política, sin embargo, resulta imprescindible: cierto desapego respecto a los principios de la democracia representativa, que permite a estos gobiernos el sustituir las instituciones por el culto a la personalidad presidencial. Dinatale y Gallo (2010a) encuentran ejemplos de comunicación directa y no mediada en gobiernos como el de Álvaro Uribe, en Colombia, y el de Felipe Calderón, en México.

La crisis de los partidos explica el gran peso que han vuelto a adquirir los caudillos políticos, pese a los esfuerzos de fortalecimiento de las instituciones realizados en los años 90. El caudillismo es característico de las culturas políticas holísticas, las cuales aspiran a cambios sociales “completos”, y por eso siempre están buscando una panacea política y un hombre providencial. Estas culturas políticas, como la latinoamericana, no se apoyan en las instituciones, sino en los “grandes proyectos” de construcción social. Son, si queremos vincular las dos tesis que estamos exponiendo, culturas políticas constructivistas, antiliberales, dogmáticas y maniqueas.

Mientras más débiles sean las instituciones partidarias, más centrada estará la política en los líderes, en su imagen, su popularidad electoral, sus ideas, su estilo e incluso sus peculiaridades personales; al extremo de que algunos movimientos políticos parecen inconcebibles sin estas personalidades. Los casos más señalados en este momento son los de Rafael Correa y Evo Morales, pero algo parecido se ve por todas partes.

De esta forma, el fortalecimiento del poder estatal, gubernamental y político al que los antiliberales propenden se canaliza en un inusitado crecimiento del poder personal. Esto crea excelentes condiciones para el florecimiento de la personalidad autoritaria, que no puede tolerar ninguna clase de limitación a sus decisiones¹¹.

Los pueblos latinoamericanos, atezados por lo que Erick Fromm llamara el “miedo a la libertad” y las responsabilidades que ésta implica, siguen a estos “padres” fuertes y autoritarios, que los ilusionan con sus ofertas de protección frente a las amenazas del entorno y de progreso seguro para todos.

Estos líderes tienen el poder suficiente –y las motivaciones– para no querer compartir sus atribuciones y mucho menos reducir o adaptar sus aspiraciones. De ahí su rechazo a las instituciones de control, entre ellas la prensa.

El cataclismo de los sistemas políticos y mediáticos ocurrió de forma imprevista para los medios considerados como individuos; así que éstos reaccionaron de forma desordenada e histérica, complicando todavía más las cosas. Algunos medios no coincidieron con los líderes carismáticos y autoritarios y pretendieron oponérseles; otros se sintieron ofendidos y zarandeados por la lógica de los sucesos, a la que decidieron enfrentar; otros más, en fin, trataron de impulsar los cambios sociales y políticos que se sucedían frente a sus ojos. En estos tres casos, ni los medios ni los periodistas cumplieron su verdadera misión, sino un papel clara y directamente político.

¹¹ Erick Fromm (1944) explica que la personalidad autoritaria es un subproducto de la individuación de la sociedad que provocó la modernidad. Se da en los grupos sociales y en las personas que sienten la libertad individual y sus manifestaciones (el mercado y la competencia, la disgregación de la comunidad y la familia, la obligación de “inventarse” un rol económico y social, etc.) como una pesada carga. En este entorno se sienten desprotegidos y condenados a perder frente a los que son más fuertes que ellos. Esto los conduce a la evasión que puede proporcionarles el culto a un poder intersubjetivo y exterior (es decir, que alguien ejerce sobre ellos o que ellos pueden ejercer sobre otros), a una autoridad que reorganice la vida social y los incluya –en mejores condiciones– en el nuevo orden.

Los medios que así obraron dejaron la actitud que se podría postular como “ideal” para la prensa: una actitud cognoscitiva, la que busca comprender el mundo. Sólo las casas periodísticas más serias la conservaron. Lo más fácil, en cambio, fue adoptar una actitud “instrumental”, que consiste en usar el periodismo para “cambiar el mundo”.

La indistinción entre organizaciones mediáticas y políticas, unidas ambas por una misma actitud pragmática, genera peligros para la democracia, si se entiende ésta correctamente como un régimen de disminución del poder mediante la separación de las tareas y los deberes públicos entre distintas instituciones independientes unas de otras. Al convertirse en emisora de mensajes políticos o al ser desbordada y no poder conservar su puesto en el centro de la relación entre gobernantes y gobernados, la prensa se despoja de su facultad de evaluar lo que los políticos hacen y dicen, y con ello los ciudadanos pierden una referencia insustituible para interpretar la realidad. Una relación directa entre la población y los gobernantes, sin la mediación especializada e institucional de los periodistas, vuelve a la primera más vulnerable a la manipulación y la desinformación.

La prensa —y su misión de mediación y evaluación de los mensajes públicos— no surge como un privilegio ni una anomalía; ha sido el resultado de un largo desarrollo orientado a satisfacer la necesidad social de distinguir la verdad de la mentira.

Si los agentes e instrumentos que este desarrollo ha producido desaparecen, aumenta la arbitrariedad y la impunidad de los actores políticos, que así pueden adueñarse de la comunicación y fusionar los campos político y mediático en uno solo. En tal caso el poder se independiza de la opinión que los medios dejan de representar.

Estas nuevas condiciones no sólo impiden que las personas participen en la elaboración de la política pública; también evita que la puedan juzgar.

Por eso la lucha por la libertad, la independencia y la pertinencia de la prensa, como intérprete e interpelante de la información que genera el poder para la población, es una de las formas, y no la menos importante, del combate por la democracia-como-control-del-poder en contra de quienes, autoritariamente, profesan la política como una fe.

V. Referencias bibliográficas

AB Noticias (2008, 23 de agosto). Enésimo ataque de Evo Morales a los periodistas [en línea]. Disponible en: <https://abnoticias.wordpress.com/2008/08/23/enesimo-ataque-de-evo-morales-a-los-periodistas/>

AB Noticias (2008, 15 de diciembre). En los últimos 13 meses aumentó alarmantemente ataques a la prensa. En Bolivia hubo 245 ataques a periodistas [en línea]. Disponible en: <http://abnoticias.wordpress.com/2008/12/15/en-los-ultimos-13-meses-aumento-alarmanamente-ataques-a-la-prensa-en-bolivia-hubo-245-ataques-a-periodistas/>

Benavente, C. (2014, 1 de junio). De cómo La Razón se llenó de colaboradores [en línea]. *La Razón*, s.a., s.n., s.p. Disponible en: http://www.la-razon.com/index.php?_url=/suplementos/animal_politico/Razon-lleno-colaboradores_0_2061993842.html

Camacho, A. (2014, 9 de abril). “Entrevista: Hugo Moldiz y Raúl Peñaranda (Parte I)” [video]. A todo pulmón, producción Cadena A, Bolivia, 20 min. Disponible en: http://www.youtube.com/watch?v=RUKKS_F6YUA

Dinatale, M. y Gallo, A. (2010a). *Luz, cámara... ¡gobiernen! Nuevos paradigmas de la comunicación presidencial en América Latina*. Buenos Aires: Konrad Adenauer Stiftung (KAS).

Dinatale, M. y Gallo, A. (2010b). “Latinoamérica: gobernantes y periodistas en tiempos de cambio”, seminario latinoamericano realizado el 28 y 29 de abril de 2009, Quito, Fundación Konrad Adenauer.

Equipos Mori (2006). *Estudio del mercado publicitario en Bolivia 2005-2006* [en línea]. Bolivia: s.e. Disponible en: <http://www.equposmori.com/Informe%20EMP.pdf>

Erbol (2014, 23 de abril). Ángel responde a Raúl y lo acusa de hacer campaña [en línea]. Disponible en: http://www.erbol.com.bo/noticia/social/23042014/angel_responde_raul_y_lo_acusa_de_hacer_campana

Erbol (2014, 13 de octubre). Evo dice que Erbol y Fides son sus “primeros enemigos” [en línea]. Disponible en: http://www.erbol.com.bo/noticia/politica/13102014/evo_dice_que_erbol_y_fides_son_sus_primeros_enemigos

Esta casa no es hotel (2014, 13 de abril). “Periodismo y ética (Bloque 1)” [video]. Bolivia, ATB, 5 min. Disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=g10AaDTuPtE>